

BIBLIOTECA

Los Grandes Films
LA NOVELA ^{DE} PARAMOUNT



LAS
ETERNAS
PASIONES

POR
POLA NEGRI

50 CTS.

LEE, Rowland W.



BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

LA NOVELA PARAMOUNT

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis-BARCELONA-Teléf. 4423 A.

LAS ETERNAS PASIONES

(BARBED WIRE, 1927)

Emocionante producción, basada en la novela
de Hall Caine «La Mujer de Knocklace»

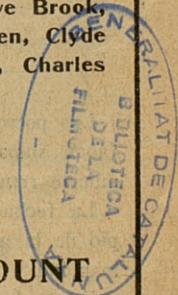
Interpretada por Pola Negri, Clive Brook,
Claude Gillingwater, Einar Hansen, Clyde
Cook, Gustavo Von Seyffertitz, Charles
Lang, etc.

✓

Es un Film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



LAS ETERNAS PASIONES

Argumento de la película

I

¡MALDITA GUERRA...!

Los potros hambrientos de los cuatro jinetes piafaban impacientes allá en las cavernas, donde la muerte renueva los pesebres...

La fecha trágica de 1914 debía señalar el principio de la más terrible guerra que presenciará la humanidad.

En un lugar de Francia — ¿cuál?... ¿qué más dá? — había transcurrido el verano de 1914, bajo un cielo sereno...

Los esclavos de la tierra, los pobres parias del terroño, rimaban la canción gangosa del trabajo a orillas de una granja...

Y las cabezas visibles de estos míseros eran tres: Juan Moreau y sus hijos Andrés y María...

El bueno de Juan Moreau, cara apagaminada, barba blanca de San Pablo, sólo sentía el aguijón del trabajo...

Sus hijos... Eran muy jóvenes...

Andrés era un mozallón curtido al sol justiciero que se nubla y brilla para todos por igual. Bueno, sencillote, era un hombre todo corazón...

Y María... Como la bíblica, soñaba despierta. Era una mujer sencilla, con sencillez de amanecer. No había dobleces en su alma...

Y como todo llega en este mundo, llegó un día... el día que empieza nuestra historia.

María, como de costumbre, giraba su visita a los establos. La vaca que hasta entonces estuviera gorda, acababa de dar el fruto de su vientre...

—¡Padre! ¡Hermano! ¡Venid, venid! — gritó María.

A sus alardos de triunfo por aquel hecho, que era fruto cuajado ahora y que quien sabe si sería leche mañana, acudieron los voceados.

—¡Una ternera! ¡Le pondremos Juana...!

Sonrió el viejo y contestó:

—No, mejor le pondremos Juanita...

Y discutiendo estaban el nombre de pila de aquel nuevo retoño de cuatro patas, cuando a sus oídos llegó un tañido inusitado... La esquila de la ermita volteaba a rebato...

—¿Por qué dobla esa campana? — preguntó, sor-

prendido, el tío Juan—. Ahora no es la hora del Ángelus...

Y olvidando al que acababa de nacer, corrieron a la puerta de la corralada en demanda de una explicación, que llegaba al galope de un jamelgo, que ti-



Era una mujer sencilla, con sencillez de amanecer.

raba de un carromato en el que iba el alguacil del pueblo.

Y el pregón fatídico cayó en aquellas soledades como una bomba.

Aquel hombre era nuncio de una nueva terrible... Se había declarado la guerra, y el pregonero iba

lanzando a los cuatro vientos la orden de movilización general...

Tras él se arremolinaban los vecinos.

Pronto supieron el por qué de aquella alarma: Francia y Alemania — las eternas rivales — estaban en guerra.

Una rama de aquel tronco iba a ser segada por la guadaña trágica. Andrés debía acudir al llamamiento de la patria... Su padre se lo dijo en el primer momento y añadió, convencido:

—¡No te apures, muchacho! La guerra no durará un mes... Antes de terminar la recolección del trigo, ya estarás de vuelta...

—¿Lo crees así, padre? — preguntó con angustia María, abrazándose a su hermano.

—Claro que sí, mujer! — aseguró el anciano.

Y María, al ver el contento que se pintaba en los ojos de Andrés, exclamó:

—Yo quisiera ser hombre para ayudarles a arrojar a los alemanes del suelo de Francia.

—¡No hables así, María...! ¡No hables así! — replicó su padre, entristecido.

—¿Acaso no les odiais vos también, padre? — preguntó la moza.

—No, María... El hombre que comó yo ha servido ya en una guerra, adquiere una idea muy distinta del odio...

—¡Guerra...! ¡Amor y odio amasando el eterno fango de la muerte. ¡Malditas pasiones!

II

NIEBLAS DE DOLOR

María y su padre vieron ausentarse a Andrés en busca de la sima sin fondo, que tragaba sin cesar cuerpos mozos y almas inocentes...

Pasaron los días.

Ellos también debían ser útiles a la Patria dolida...

El Estado Mayor Central se lo recordaba a cada paso en carteles puestos al borde de los caminos. Tenían que cultivar las cosechas.

Y una mañana, cuando Juan y María se hallaban entretenidos en sus labores, vieron brillar los cascos fatídicos bajo la tibia claridad del sol y llegaron hasta la granja los corceles de una patrulla.

Echó el jefe pie a tierra y se acercó al anciano.

El viejo inclinó la cabeza sumiso y accedió a lo que de él solicitaban en nombre de la patria...

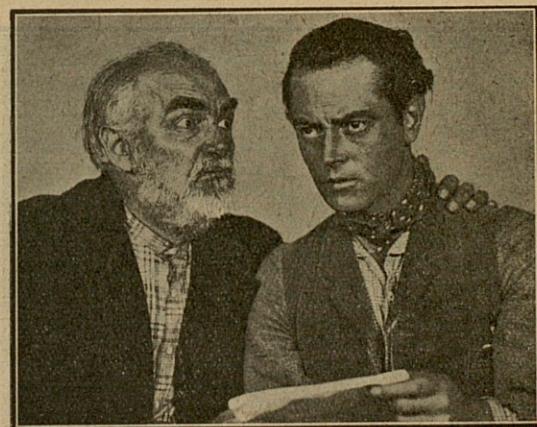
Cuando se acercó María a inquirir el resultado de aquella conversación, dijola el viejo con temblor en la voz:

—El gobierno quiere convertir nuestra granja en campo de concentración de prisioneros y nosotros tendremos que quedarnos aquí para aprovisionarlos.

—¿Conque nos quieren hacer trabajar para man-

tener a los que han matado a nuestros soldados?
¡Jamás! ¿Cómo es esto posible?

—No nos queda otro remedio que obedecer y callar, María... Así es la guerra...



—¡No te apures, muchacho! La guerra no durará un mes...

—Está bien, padre — murmuró —, pero yo no cruzaré con ellos ni aún la mirada.

Al día siguiente llegó el contingente anunciado. Al principio, desconocedores del uniforme teutón, algunos labriegos agitaron las gorras y los amplios sombreros sobre sus cabezas en el gesto amistoso...

Habían visto soldados y creían que eran hermanos de raza...

María, ceñuda, se dirigió a su padre, cuyas canas también brillaban al sol y mascularon sus labios crispados estas palabras:



...vieron ausentarse a Andrés...

—¡No los saludes ¡No ves que no son nuestros soldados? ¡Son prisioneros alemanes!

Y volviendo el rostro a la visión macabra, escurrió despectiva... Eran, sí, infelices prisioneros de guerra y en sus espaldas, sobre el pardusco paño de sus guerreras, se dibujaban las letras oprobiosas: P. G. Prisioneros de guerra...

Pasó la caravana de la miseria... En medio de todo iban contentos, porque al menos habían escapado a la matanza... conservaban la vida...

Tras aquella hornada llegaron otros y en pocos días la granja y sus alrededores se convirtieron en un hormiguero humano.

Pero como al fin y a la postre era gente moza, sus ratos de dolor pasaban fugaces y volvía a asomar a sus rostros animados, el confortador optimismo de la juventud...

Aquello no tenía remedio y unos a otros se infundían ánimos, se daban alientos y se ayudaban a pasar las horas del mejor modo posible...

Y de la noche a la mañana, a su impulso viril, en los campos y en los prados aparecieron las desgaradoras espinas de la guerra: el espino artificial...

Había entre ellos tipos curiosos... Desde el taciturno Oscar, un muchachote alto, fornido, de faz rasurada y mentón cuadrado, completamente germano, hasta el dicharachero y occurrente Hans, muchachillo alegre y confiado.

Allá en su país debió ser *clown* de circo y de las lonas de la tienda trajo a la guerra todos los aparatos musicales de sus habilidades... Un acordeón, una armónica, unos platillos...

Precisamente aquel día hablaban frente a la caserna de la guardia varios soldados y entre ellos Oscar y Hans y éste decía a su compañero:

—La guerra acabará en un mes, Oscar...

— Tú qué sabes! — contestó Oscar, escéptico.

— Hombre, lo digo porque mi hermano está en filas y no acostumbra conservar el empleo más de treinta días...

Apareció una leve sonrisa en los finos labios de Oscar y se alejó del grupo esclavo, como siempre, de no se sabe qué dolores ocultos...

Ya solos Hans y otro compañero dijeron el *clown* a su amigo:

— Oye, Flix, ayúdame a ensayar mi número acrobático para que pueda representarlo el mes que viene en el Jardín de Invierno de Berlín...

Y en un momento, con una tabla y tronco de roble, fabricóse un admirable trampolín.

Colocóse en uno de los extremos en posición de firmes y dijo a su camarada encaramado al otro extremo sobre un tonel vacío:

— Déjate caer con fuerza sobre la tabla y vas a ver el salto más prodigioso que contemplaste en tu vida... Triple salto mortal... especialidad de la casa...

— Está bien — contestó Flix — Ahora salta tú y cuando hayas terminado, saltaré yo y verás canela en rama...

Y tras él: uno, dos, tres... Flix dejó caer su pesada mole sobre la madera y Hans, como despedido por una catapulta, se proyectó en el aire girando repetidas veces sobre sí mismo y yendo a caer a unos metros de distancia en medio de un grupo de prisioneros a los que en aquel momento dirigía la palabra un oficial:

— ¡A ver, cuatro voluntarios para trabajar en las faenas del campo...

Y apenas acababa de hacer el llamamiento, cuando la canela en rama del saltador del Jardín de Invierno de Berlín, llegó rodando hasta sus pies...

Sonrió gozoso el oficial y dijo, dirigiéndose al caído:

— Ven tu, Hans, ya que te gusta saltar.

Levantóse Hans y yendo a reunirse con Oscar, que bien a su pesar no era de los elegidos, le dijo con toda la seriedad de que era capaz:

— Te creías que ibas a ir tú por buen mozo? Pues aguárdate... También a mí me han *requisado* para trabajar...

Oscar no contestó, pero acercándose al sargento le dijo tras cuadrarse enérgico:

— Sargento, estoy cansado de no hacer nada... Démé algún quehacer para no morirme de hastío...

El sargento le contestó afablemente:

— Cuando necesite más gente le llamaré...

Llegaron a la granja los nuevos auxiliares y pronto pudo comprobar María que aquellos muchachos serían enemigos de su patria pero eran unos excelentes trabajadores...

Y sin embargo su presencia, aun su vecindad misma, era para ella un suplicio espantoso...

Cefuña siempre, cumplía el ofrecimiento que le hiciera a su padre el día memorable en que les anunciaron que el gobierno disponía de la granja. No cambiaba con ellos ni aun la mirada siquiera...

De nada las extravagancias de Hans, sus muecas, sus piruetas multiplicadas hasta la infinito... Ni le miraba siquiera y mucho menos sonreirse...

Todas las mañanas los cuatro amigos llegaban hasta la cocina de la granja y acarreaban los cuencos de leche para alimento matutino de los concentrados...

María vigilaba la operación sin despegar los labios.

Entre los prisioneros que trabajaban en la granja, figuraba el pobre Ludwig, un infeliz tísico, a quien ni el cautiverio había librado de la muerte...

Cuando llegaba a coger su cántaro, el pobre muchacho se ahogaba de todos y le abandonaban las fuerzas... Más de una vez tuvo María, a pesar de su repugnancia, que ayudarle a cargar el cántaro sobre su espalda encorvada...

Aquel día estaba Hans de humor perro.

—¡No entiendo a esta mujer...! ¡Así me emplumé vivo...! ¡Es la primera mujer que no ríe de mí...! ¿No te parece eso una cosa sorprendente, Flix?

Entre él y Flix se cruzaban a diario apuestas originales... Hans, emperrado en hacer reir a María, fué perdiendo poco a poco su orquesta portátil...

Y al entregar aquella mañana, su flauta mágica a Flix, le dijo convencido:

—Esta vez me la ganaste, pero yo la haré reír, como me llamo Hans...

—Me parece que todo lo que hagas es en vano...

—¡Te apuesto la armónica a que haré reír a la francesita...!

—¡Va, pero me parece que pierdes el tiempo lastimosamente...!

Y en efecto, perdió la apuesta y se quedó sin armónica, que fué a parar a manos del górdinflón Flix...

María debía tener el alma de granito, según gráfica expresión del jacarandoso Hans...

III

MARÍA LA HURAÑA

Era el remoque con que la habían bautizado los prisioneros, cansados de sus desdenes.

Pero como la fama es una señora veleidosa, algo había de ocurrir en la granja que diese al traste con aquella seriedad que ya parecía endémica en la doncella.

Ludwing, el pobre tísico, cansado de toser en tierras de Francia, un buen día no se levantó más de su camastro y el sargento halló ocasión propicia de cumplir la promesa que un día hiciera a Oscar...

El germano taciturno fué el sustituto de aquella piltrafa de la tuberculosis.

Cuando a la mañana siguiente, María asistía a la distribución de la leche, se vió, de pronto, sorpren-

dida con la siguiente pregunta hecha en francés correctísimo:

—*Voulez-vous que je prenne ça?* (¿quiere usted que me lo lleve?).

Volvióse prestamente y por primera vez en su vida miró a uno de aquellos hombres cara a cara.

—Para ser alemán habla usted muy bien el francés — dijo mirando de alto abajo a Oscar.

—Antes de declararse la guerra trabajé unos cuantos años en París...

El patriotismo huraño halló una contestación sarcástica:

—Sería usted espía, ¿no es verdad?

Contrajóse el sereno rostro de Oscar y tiñó sus mejillas el fuego de la indignación.

—¡No! — contestó secamente.

Y girando sobre sus talones, después de coger y cargar sobre el hombro el cántaro de leche, salió de la granja...

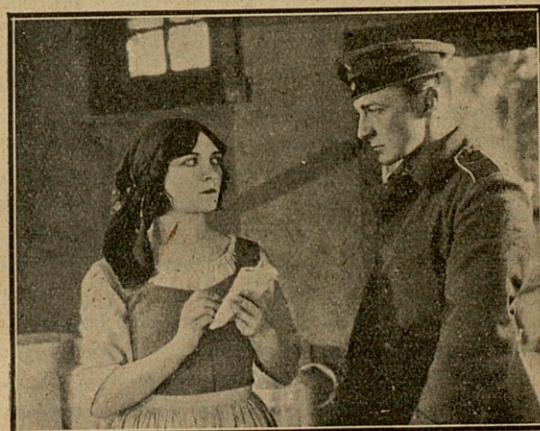
En el corazón de Oscar, había hecho una profunda impresión la belleza salvaje de la indómita hija de Francia, la mártir...

Una mañana, María al llegar a la entrada de la casa de labor encontró en el umbral a su padre en compañía de un vecino de la aldea: Juan Corlet...

Juan Corlet, ser despreciable, ruín, conciencia tortuosa y alma de rufián, había tiempo atrás codiciado la posesión de María, no tanto por sus bellas prendas físicas y morales, cuanto por su riqueza...

Sin embargo, en su haber sólo podía apuntarse una regular cosecha de calabazas, pues a la joven le había repugnado siempre aquel tipo siniestro...

Por eso al verlo aquel día junto a su padre, adivinando que algo más que la curiosidad le llevaba has-



—*Sería usted espía, ¿no es verdad?*

ta allí, preguntó con gesto adusto y cara de pocos amigos:

—¿Qué hace usted, padre?...

—Estoy comprando unas vacas...

María acentuando el pliegue de sus labios, añadió:

—¿Y por qué se las compráis a Pedro Corlet, precisamente, padre?

Había tal odio entrelazado a aquellas palabras, era tan tanjante la mirada de María fija en el larguirucho y antipático personaje, que éste, con la sonrisa del zorro en la delgadez repugnante de sus labios traidores, contestó:

—Es verdad que tenemos guerra, María... pero esto no impide que vuelva a preguntarte si quieres casarte contigo...

Mirólo de alto a bajo la granjera y se encogió de hombros desdeñosamente...

Corlet sin inmutarse añadió, meloso:

—Este maldito pie no me deja ir a la guerra, pero esto no quiere decir que yo sea un mal marido...

—¡Qué lástima, Pedro Corlet! — dijo María, burlona—. ¡Francia necesita soldados... y yo no necesito marido!...

Y volviéndole la espalda, se entró en la casa y dióle con la puerta en las narices...

huraña y se alejó de allí jurándose *in pecto* venganza huraña y se lajó de allí jurándose *in pecto* venganza de sus desdenes...

Mal enemigo era Pedro Corlet y no había de pasarse mucho tiempo sin que la taciturna granjera sintiese todo el peso de su odio...

IV

LA MUERTE, LA OTRA LITIGANTE...

Allá lejos, muy lejos, tras las alambradas fatídicas, retumbaban los obuses y la bella *Berta* hacía de las suyas...

Los conos de muerte cavaban abismos en la tierra bendita.

Una noche, de una de las trincheras francesas, salió un pelotón de *peludos*... Iban a morir... pero siguieron adelante, sin vacilar, sin volver la vista atrás... Uno de aquellos infelices era Andrés, el hermano de María la huraña.

Avanzó... avanzó... y llegó a las alambradas enemigas, pero en el momento de ir a intentar traspasarlas, una bala certera lo hizo caer de brúces y hubiera caído a tierra seguramente a no ser por el espinillo artificial.

Una voz rompió el silencio de la noche y consiguió horadar el fragor de la batalla:

—*Prosit...!*

Un germano ocupaba aquel reducto y se sorprendió a medias al ver aquel intruso...

Flemáticamente sacó su cantimplora y llevándola a los labios resecos, brindó:

—*A votre santé!* (A vuestra salud!).

Creyó que el francés estaba muerto y familiarizó-

zado con la tétrica señora se burlaba de ella inconsciente...

Un quejido, un movimiento de Andrés, llamaron su atención, y como aquel hombre, no era malo, acercóse al herido, cortó con su podadera el espino y atrayendo hacia sí el cuerpo de Andrés, lo dejó dulcemente en tierra...

Aplicó en sus labios la cantimplora... El reconfortante líquido volvió a la vida como por encanto al francés y cuando le vió ya repuesto, le dijo el tudesco compasivo:

—Mi deber como soldado es odiarte, pero como hombre no puedo permitir que mueras aquí como un perro...

Y cargando con él a cuestas, se dirigió rastreando al campamento...

Algun tiempo después, una mañana llegó hasta la granja el cartero de la aldea portador de un sobre lacrado, que entregó al tío Juan.

Rasgó este emocionado el pliego, y leyó atónito:

Señor Juan Moreau.

Muy señor mío: El Departamento de la Guerra, tiene el sentimiento de participarle que su hijo Andrés José Moreau fué muerto en el cumplimiento de su deber el día 2 del actual en el sector Blement-Cirey.

Al comunicarle tan triste nueva, etc...

Aquella carta hizo en el pobre viejo el efecto de un rayo... Inclinó la cabeza sobre el pecho y dobláronse sus piernas gastadas; y hubiera dado con su cuerpo en tierra a no sostenerlo oportunamente su hija María, que había acudido atraída por la curiosidad, al ver la llegada del cartero...

Cundo la pobre muchacha se enteró del contenido del pliego oficial, más fuerte que el pobre viejo no cedió su cuerpo a la sacudida, pero de sus ojos brotó un raudal de lágrimas y ayudada por algunos soldados llevó a Juan hasta su lecho.

Avisado a toda prisa el médico del lugar, su opinión no fué todo lo tranquilizadora que fuera de desear:

—El ataque es de gravedad... Pero si se mantiene al enfermo en absoluto reposo, es posible que lo resista.

Y fué entonces cuando pidiendo una tregua a odios y rencores, alzó María al cielo sus ojos preñados de lágrimas y murmuró devotamente:

—¡No nos abandones, Dios mío...!
¡Su hermano muerto, su padre poco menos... y ella sola en el mundo rodeada de enemigos...!

Al día siguiente, sentada a la cabecera de la cama de su padre, leía a éste un periódico de París llegado aquel día a la granja.

En una columna se leía en grandes titulares:

TERRIBLE BOMBARDEO AEREO
NUMEROSOS MUERTOS Y HERIDOS

Y a continuación el relato de la *hazaña científica* y la lista interminable de las víctimas...

Y recordando en aquel momento las palabras de su padre al hablarle del odio secular, elevó la vista al cielo y musitó como si deleitase una oración:

—¡Qué horrible es la guerra...!

Estaba sentada en la corralada... Trabajaba... Era su único consuelo y se entregaba al trabajo con verdadero deleite...

De pronto llegó hasta ella Oscar...

—¡Qué horrible es la guerra...! — murmuraban sus labios en aquel momento...

Desde el día en que recibiera la noticia de la muerte de su hermano querido, eran aquellas palabras como una jaculatoria piadosa que aplacara el ardor de las llagas de su alma dolorida.

Pero aquella vez una voz contestó a la suya. Era Oscar que se había acercado a ella llevando una caja de madera, que acababa de entregarle en la caserna.

—¡Si, María... la guerra convierte a los hombres en bestias salvajes...!

Y María al oír aquella voz olvidándose por un momento de que quien la hablaba era un enemigo de su patria, exclamó como en éxtasis, mirando hacia el cielo clemente y piadosa:

—¡Dios mío, que estás en los cielos, no permitas que los hombres se maten como fieras...! ¿Por qué,

Señor, no castigas a los culpables de tantos sufrimientos?

—¡Los culpables...! — murmuró con voz velada por la emoción Oscar—. ¡Lo somos todos, unos y otros, los de aquí y los de allá, por dejarnos llevar por las eternas pasiones, por las malditas pasiones, que corroen nuestros cerebros y nos empujan hacia las simas del odio...!

Callaron un momento.

No se atrevían a mirarse... Desde hacía algún tiempo se sentían atraídos el uno hacia el otro... En Oscar era un sentimiento de poderosa simpatía, un deseo vehemente de todo su ser, que le llevaba hacia aquella mujer, que bajo la máscara helada del odio, guardaba un alma de ángel.

María por su parte, aunque sin atreverse a confesarlo, también miraba con una simpatía, que casi ya merecía otro nombre, a aquel soldadito serio y formal, que tenía tanto fuego en el mirar y hablaba con voz tan dulce.

Oscar de pronto destapó la caja que recibiera momentos antes... Contenía una corona fúnebre con una inscripción.

—La madre del pobre Ludwig la ha mandado... ¿No quiere usted llevarla a su tumba...?

María, en quien resucitó en un momento todo el odio dormido en su alma contra los enemigos de su patria, le atenazó con una fría mirada.

Oscar añadió más humilde aún:

—Se lo decía... porque a mí me está prohibido visitarla...

Y mostrándole la corona siguió:

—La inscripción dice: "A mi hijo Ludwig, su amantísima madre".

María contestó recalcando las palabras:

—Ella no es la única madre que ha perdido un hijo...

—Es verdad — murmuró Óscar sordamente.

Y añadió tras un minuto de silencio:

—Dios debía castigar terriblemente a los hombres que provocan las guerras...!

Callaron de nuevo.

María trabajaba. El se levantó por fin de su lado y al marcharse, le dijo:

—Adiós, María... Si usted no quiere llevar la corona, le agradecería que la hiciese llegar a su destino...

Al desaparecer Óscar de su presencia, María sintió una cólera incomprendible, y al reanudar el trabajo derribó en un movimiento brusco la caja que contenía la corona de la pobre madre...

El ruido seco de la caja al estrellarse contra el suelo, resonó en el fondo de su corazón como un lamento de ultratumba... y en el mismo instante, cruzó ante su vista la silueta trágica del pobre tísico, llegando a rastras a cargar con el cántaro de leche...

¡Qué pasó por su alma...? ¡Sólo Dios podría decirlo...! Lo cierto es que suspendiendo su trabajo, recogió del suelo la corona y, apresuradamente, se

dirigió al cementerio alemán donde reposaban los restos de los que dieron su vida en tierra francesa; y una vez allí depositó la corona sobre la tumba del pobre soldadito alemán...

Cuando cumplida su piadosa misión salía del cementerio, tropezó en el camino con el coronel jefe de las fuerzas que custodiaban el campo de concentración.

Al verla salir de aquel recinto la dijo extrañado:

—¿Qué hace usted por estos sitios, María?

La muchacha, palideciendo, balbució:

—He venido a depositar sobre la tumba del infeliz tísico, que murió hace dos meses en casa, una corona que le ha mandado su madre... ¿Acaso he hecho mal, mi coronel?

—No, hija mía, no... — murmuró sentencioso el militar—. Comprendo su compasión por esos pobres diablos... Pero no olvide que sus vecinos pueden interpretarlo de manera muy distinta...

Despidióse del soldado y pensativa y llorosa tomó el camino de su granja...

No se le ocultaba que el coronel tenía razón, y que aun ella misma hubiese censurado aquella acción en otra cualquiera...

El odio a los alemanes llevaba a aquellas gentes sencillas a extremos inconcebibles de crueldad...

¡Cómo si todos no tuviesen corazón, amigos y enemigos...!

¡Ni aun la muerte destruía las barreras del odio...!

PERO EL AMOR NO TIENE PATRIA

Ha pasado un año de guerra y en la granja se amontona otra nueva cosecha recolectada por manos enemigas.

¿Cuándo volverán los brazos franceses... y cuántos volverán?

La continua presencia de los soldados enemigos mantiene presente con más fuerza la contienda criminal...

Al través del tiempo transcurrido, se ha ido estableciendo cierta cordialidad entre amigos y enemigos, y ya María, aunque sigue sin reirse como al principio, no mira con tanta aversión a aquellos infelices.

Hans seguía haciendo gala de su buen humor habitual...

No cejaba en su empeño de provocar una sonrisa de María, pero todos sus intentos fallaban en redondo...

A sus piruetas cómicas contestaba María volviéndole la espalda y dejándole con la palabra en la boca...

Aquel día, agotados ya los instrumentos musicales, le había tocado al reloj ir a reunirse con la co-

lección de curiosidades que estaba reuniendo a su costa su compañero...

Perdió una vez más...

—Dame el reloj — le dijo Flix — Si quieras hacer reír a esa muchacha tendrás que colgarte cabeza abajo...

Tan a la vivo le llegó a Hans la burla de su compañero y la actitud incomprensible de la hermosa granjera, que se distrajo lastimosamente y se lo tragó la tolva, arrojándolo por el otro lado con el uniforme hecho unos zorros y la gorra en un estado lastimoso...

—Se fastidió la gorra... — exclamó tranquilamente al verse de tal guisa —. Es cierto que ahora no está peor que cuando me la entregaron...

.....
Aquel día llegó a la granja un sargento francés, desenfadado y presuntuoso, que al ver a María trabajando como una negra, se acercó a ella y la dijo devorándola con la vista:

—Me da pena ver trabajando así a una muchacha tan preciosa... La mandaré unos cuantos hombres más para que la ayuden...

Y añadió acercándose aún más y pretendiendo acariciarla:

—Y si usted quiere, por las noches podré quedarme hacerle compañía para que no esté tan sola...

Esquivó ofendida la caricia brutal del zángano y contestó muy seria:

—Gracias, sargento... Sé guardarme sola y además

tengo la compañía de mi padre...

El sargento la miró de soslayo al alejarse y murmuró cínico entre dientes:

—Ya veremos a la noche si es verdad eso... ¡Otras torres más altas han caído! (Para algo estamos en tiempo de guerra...

Ya en su casa, fueron entrando los hombres a encerrar el grano en el granero... ella recibía las cargas y tomaba nota de todo...

Tocóle el turno a Oscar y sin saber cómo, al recibir el saco que él la entregaba, se encontraron sus manos, y así permanecieron unos instantes mirándose intensamente...

En aquella mirada se dijeron mutuamente lo que sus almas sentían y sus bocas callaban...

—¡Suéltame, Oscar... por favor...!

—¡María...!

—No siga usted... Tenemos de ser enemigos a la fuerza...

No se dió cuenta de que aquellas palabras equivalían a una confesión plena del amor que desde hacía tiempo era dueño de su corazón.

Llegó la noche.

Después de dejar a su padre dormido, bajó al zaguán y sentándose en un banco adosado a la pared, empezó a coser para matar las largas horas de soledad...

En aquel momento llamaron a la puerta. Sorprenden-

dida fué a abrir e instintivamente retrocedió y trató de cerrar de nuevo.

—¿Se ha asustado usted, María? — murmuró el sargento sonriendo—. No me tenga ese miedo, que no me como a la gente cruda...



—¿Se ha asustado usted, María?

Y campechanamente se sentó a su lado.

—A mí no me asusta nadie... — contestó ella—. Me basta y me sobra para defenderme yo misma, como le dije esta mañana...

El sargento fingió estarse quieto un poco, y aun bromeó de cosas indiferentes para más predisponerla

a su favor, y de pronto cuando ya empezaban a hablar como dos buenos amigos, la cogió una mano y trató de atraerla hacia sí violentamente...

María se desasió con energía y corriendo hacia la puerta y abriéndola de par en par, le gritó indignada:

—¡Fuera de aquí, miserable...! ¡Váyase... o gritó...!

—¿Y quién crees que va a venir...? ¿Algún alemán...? ¡No hay miedo...!

Y arrojándose sobre ella ebrio de lujuria, la estrujó contra su pecho y trató de besar sus labios de guinda...

María forcejeaba desesperadamente y de su boca salían angustiadas demandas de socorro...

De pronto, cuando ya estaba a punto de sucumbir a la acometida del sátiro se dibujó en el umbral de la puerta la silueta de Oscar que acudía al tumulto.

Ver el grupo y abalanzarse a él lanzando un rugido de cólera, fué obra de un segundo... En un abrir y cerrar de ojos Oscar cogió al sargento por el cuello y lo mandó rodando de un empellón al otro lado de la puerta... Trató el sargento de defenderse, pero no consiguió más que salir peor parado del lance...

Entre los dos hombres empezó una lucha terrible, en la que el francés llevaba las de perder...

Mal hubiera terminado la contienda para el sargento al no haber acudido en aquellos momentos, atraídos por el rumor de la lucha, dos de los soldados que estaban de patrulla alrededor de las casernas...

En un momento Oscar fué agarrotado y conducido entre bayonetas hacia el cuartel.

María le vió partir con emoción.

En su espíritu habían trabado descomunal batalla todas las pasiones en revuelta...

—Aquel hombre iba quizás a morir! ¡Y por defenderla...!

—Debía salvarle?

No... ¡Era un alemán!

VI

TRAIDORA!

Tras unas horas de insomnio, consiguió quedarse dormida y a la mañana siguiente casi no se acordaba del incidente de la víspera.

Aquella mañana empezó pacíficamente para María.

De pronto y cuando más tranquilo se encontraba su espíritu, llegó hasta ella corriendo, jadeante, descompuesto, Hans.

Parecía presa de una agitación extraordinaria.

—Oskar ist vor ein krieg ager icht gestellt...!
Heute wird verhendelt...!

Era tanto su azoramiento que ni aun se daba cuenta de que hablaba en alemán y de que, claro, María no entendía una jota de aquel galimatías.

Por fin el pobre mozo cayó en la cuenta y por gestos en una mímica expresiva y demasiado gráfica se lo hizo entender: Oscar había sido preso la noche anterior a consecuencia de su altercado con el sargento y en aquellos momentos comparecía ante



...empesó una lucha terrible...

un consejo de guerra, que según era de esperar lo condenaría a ser pasado por las armas.

Y entonces en su alma ocurrió algo extraño. Fué una revolución de todo su ser, que la hizo olvidar de súbito todos los prejuicios de raza, todas las pasiones malsanas y nefastas que separan a los hombres en razas como si todos no fuesen hombres!

—¡Oscar! ¡Oscar...! — rezaron sus labios.

En aquel momento Oscar, no era alemán, ni aun siquiera era un hombre... ¡Era el amado! Y por él haría el sacrificio de su propia vida si fuera menester...!

Y echó a correr como una loca hacia la caserna principal donde debía estar celebrándose el consejo de guerra...

Llegó a la sala en que estaba reunido el tribunal en el momento en que el sargento prestaba declaración ante el coronel jefe.

Mezclada entre la gente numerosa que asistía a la vista, María escuchó las palabras de aquel hombre que valido de su carácter militar había querido abusar de ella.

Hablabá así el infame:

—Anoche, mi coronel, hacía como de costumbre mi ronda diaria, cuando me pareció oír voces en la granja, en las habitaciones que ocupan los granjeros... Adelantándome a mis hombres corrí hacia donde me había parecido oírlas y efectivamente al llegar allí encontré en el zaguán a María, la hija del colonel Juan Moreau, luchando a brazo partido con el procesado, que pretendía torpemente abusar de ella... A duras penas conseguí dominarle y cuando me preparaba a detenerlo, se volvió contra mí y aún trató de asesinarme cobardemente... La oportuna intervención de mis hombres evitó que consumara el atropello...

El presidente del tribunal, se volvió entonces hacia

Oscar, que con la cabeza baja había oido sin chistar aquel atajo de embustes, y le preguntó:

—Oscar, el hecho de que sea usted un prisionero de guerra, no influirá en modo alguno en el fallo de este tribunal... Será usted juzgado conforme a la ley y con toda imparcialidad. Vamos a ver... ¿Tiene usted algo que objetar a lo declarado por el sargento acusador?

Oscar guardó un silencio lúgubre y ni uno solo de los músculos de su rostro se contrajo.

El presidente frunciendo ligeramente el ceño preguntó:

—¿Es pues verdad que atacó usted al sargento al intentar detenerlo?

Oscar alzó la cabeza un segundo como si fuese a contestar, pero tras una intensa mirada de odio a su enemigo de la víspera, la dejó caer de nuevo sobre el pecho y murmuró en voz apenas perceptible:

—Sí...

En aquel corto intervalo al verse traidora y cobardemente acusado, estuvo a punto de confesar la verdad; pero al mirar ante él, había visto entre la gente el rostro desencajado y lívido de María, y él y sólo él, había influido en la respuesta, aquella respuesta abnegada, que iba a costarle la cabeza...

El coronel, a quien no se le había escapado ninguno de los gestos del presunto culpable, al oír aquella confesión plena del reo exclamó dirigiéndose a éste:

—¡Está bien! Ya que se confiesa usted culpable, este tribunal le condena a...

Pero no pudo acabar... y cuando la palabra fatídica iba a salir de sus labios como un anatema, se vió romper la multitud compacta a una mujer que avanzando rápidamente hacia la mesa presidencial, gritó, descompuesta:

—¡Un momento...! ¡Este no es el hombre a quien debéis castigar...! ¡Este hombre es inocente...!

Se produjo un momento de expectación en la sala.

—¡El culpable es aquél! — ¡Ha deshonrado el uniforme que lleva...!

—Fíjese usted bien en lo que dice, María... Su acusación es de una gravedad extrema y se necesitan pruebas...

—¿Pruebas...? ¿Acaso no basta mi palabra...?

—¿Es verdad lo que dice esta mujer?

Tardó un rato en contestar el alemán...

—Sí... es verdad... — contestó pausadamente—. Pero yo hubiera preferido que ella no hubiera salido en mi defensa... Mi vida no vale nada...

—¡Miente esa mujer indigna por salvar a su amante...! — ¡Un alemán! — gritó el sargento.

Se oyeron gritos airados entre la turba que asistía a aquel juicio.

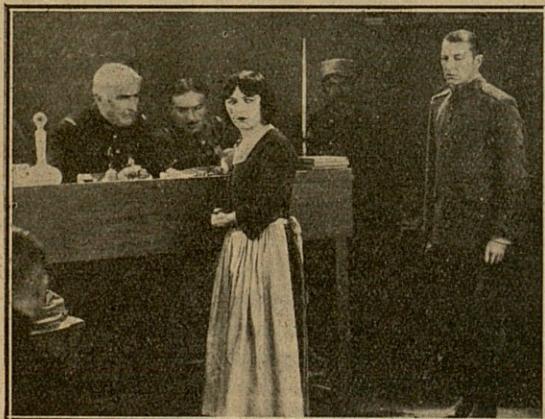
—¡Muera el alemán...! ¡Muera el alemán...!

El presidente impuso silencio con un gesto y los soldados se dispusieron a desalojar la sala...

Pero entonces María transfigurada, dispuesta a todo sacrificio para lograr su objeto y sin ver en aquellos

momentos más que al hombre amado en peligro, se acercó al sargento y le dijo con voz reconcentrada:

—¡Te negarás a reconocer que anoche intentaste abusar de mí, y que a no haber sido por ese hom-



—¡Este no es el hombre a quien debéis castigar!

bre, a estas horas habría perdido mi honra...? ¡Niégalo frente a mí si te atreves...! ¡Mírame si puedes a la cara!

El sargento quiso sostener aquella mirada de fuego... pero no pudo, volvió la cabeza avergonzado...

Entonces el presidente haciendo una señal a los sol-

dados que sujetaban a Oscar agregó dirigiéndose al verdadero culpable:

—¡Queda usted detenido... y en tiempo oportuno, después de instruída la sumaria correspondiente, se le juzgará!

Los soldados cogieron por los brazos al nuevo reo y lo sacaron de la sala...

El coronel volviéndose a Oscar añadió:

—El tribunal no puede por menos de elogiar su conducta, en lo que tiene de loable y generosa... pero como un acto de disciplina, se le confina en el campamento por término de tres meses...

Cuadróse Oscar al oír aquellas palabras y tras saludar militarmente, rígido, automático, giró sobre sus talones y salió de la estancia...

La gente que había asistido al juicio, empezó a desfilar, y cuando ya se quedaron solos, el coronel dijo en voz baja a María:

—La repito a usted lo que la dije el otro día al salir del cementerio alemán: Ha hecho usted una noble acción... pero le costará algo cara... ¡Lo siento por usted, señorita...!

María bajó la cabeza confusa.

Tenía razón el coronel... Conocía ella a sus paisanos y sabía el odio que contra el enemigo secular latía en el fondo de aquellas gentes...

Cuando salió, fuera, frente a la caserna la esperaban todos los testigos de aquella escena... Hombres y mujeres aguardaban su salida y cuando apareció

en la puerta, bajo el dintel, de todas las bocas brotaron los insultos, las palabras airadas...

—¡Traidora...!

—¡Vendida...!

—¿Dónde se ha visto que una francesa traiciona a sus propios compatriotas?

Era un rosario inacabable de injurias...

Pero aun la esperaba otro dolor...

Tras las alambradas que defendían el campo de concentración de los prisioneros, éstos espiaban su paso...

Minutos antes habían llegado a ellos las nuevas de la salvación de Oscar, y entre unos y otros se cruzó el siguiente diálogo:

—¿Qué te parece Oscar...?

—¡Ya sabía yo que ella lo salvaría — decía Hans.

Y cuando vieron pasar a María todos los alemanes se descubrían respetuosos y tenían para ella una frase de elogio y sus manos se juntaron espontáneamente en un aplauso.

Pero a María la hacían más daño aquellos vítores y aquellos aplausos que las injurias y los insultos soeces de sus compatriotas...

Por eso apresuró el paso al principio y su andar ligero se trocó pronto en carrera desenfrenada, y así jadeante, sudorosa, llegó a su casa y se dejó caer rendida sobre uno de los bancos del zaguán...

Por espacio de largo rato, lloró sin consuelo.

—¿Qué culpa tenía ella de amar a aquel hombre...? — El amor no reconoce fronteras, no tiene patrias...

—¡Dios mío! — Por qué permities que le ame? — Por qué, Dios mío?

VII

PAZ EN LA TIERRA A LOS HOMBRES

DE BUENA VOLUNTAD...

La implacable guerra, el estallido demoníaco de las infames pasiones que anidan en el corazón humano, destruiría millares de vidas y arrasaría incontables ciudades, pero no podía borrar del corazón de los hombres la piadosa Navidad...

Y así el 25 de diciembre se celebraba, entre los combatientes, con una suspensión tácita de hostilidades, y no era extraño ver en las trincheras salir de las madrigueras siniestras a los topos humanos, y momentáneamente olvidar odios y rencores y estrecharse las manos para pasar tranquilamente aquella fiesta.

En la aldea, el júbilo era general... Los naturales del país entonaban sus cánticos tradicionales y al compás de sus instrumentos típicos, — el tamboril, la zambomba — surgían los villancicos alegres y las

canciones añejas del terruño y de la patria en fiestas:
Nuit silencieuse!... Sainte uit!... Tout dort... etc.
¡Noche silenciosa!... ¡Noche santa!... Todo duerme...

Y allá en el campamento, también los prisioneros recordaban la patria ausente y cantaban la canción universal... La orquesta la llevaba en la mochila el incommensurable Hans y a su rededor bailaban y cantaban los germanos, la misma canción, sino que en su idioma natal:

Stil-le natch!... Hei-lige Nacht!...
Sti-les idlaft, ein-fan, madt, mur-bas trante!...

.....

Allá en las habitaciones altas de la granja, María pasaba aquella noche al lado de su padre enfermo, de su padre postrado en el lecho.

Hasta ellos llegaba el eco de las canciones, de sus amigos... y de sus enemigos...

María escuchaba los cánticos y de pronto se dibujó en sus labios una sonrisa:

—¿Oís, padre? ¡Están cantando nuestra bella canción de Noel con letra en alemán!...

Gruñó el viejo algo ininteligible y no contestó...

Y prosiguió la mártir de amor:

—¡Esta maldita guerra es un sacrilegio brutal!...

Su padre volvió la cabeza lentamente y se la quedó mirando de un modo extraño... ¿Qué tenía su hija?... ¿En qué pensaba?...

—¿Qué te pasa, hija mía, que no pareces la misma?...

¡Qué iba a pasarle a la cuitada!... ¡Que el amor llamó a su puerta en una noche de borrasca y le ofreció el calor de su pecho para recibirla!... ¡Que era mujer... y amaba!...

—Y aquéllo le extrañaba al anciano?...

Calló la infeliz y cuando su padre durmióse, al fin, bajó lentamente la escalera y fué a sentarse en el zaguán, oyendo aún las notas alegres de las canciones de amor...

VIII ..

POR UN BESO... UNA VIDA...

Hacía unos días que el oficial que mandaba en el reducto había llamado a Oscar y le había dicho sonriente :

—Su conducta es excelente... Ya puede volver a trabajar a la granja...

Al cuadrarse aquella vez ante su superior, Oscar parecía haber crecido un metro...

.....

Un día Oscar, al repartirse en el campo de concentración el correo, se encontró sorprendido con una carta enlutada... Procedía de Alemania y la letra era de él sobrado conocida...

Rasgó el sobre temblando y leyó:

*El dolor me impide escribirte personalmente... Sólo
puedo poner el sobre, como un recuerdo... Anoche, en
un raid aéreo, tu hermana murió víctima de una
bomba arrojada por un aeroplano enemigo.*

Se levantó pausadamente y sin saber cómo, inconscientemente, se acercó a la granja y llegó hasta la cocina, donde se encontraba María...

Esta se volvió al verle llegar y, viendo lo descompuesto de su rostro, se acercó a él, y cogiéndole las manos le preguntó, angustiada:

—¿Qué ha sucedido?...

Calló Oscar...

—¡Tiene usted la mano helada!... Explíquese, por Dios, Oscar!...

—Acabo de tener noticia de la muerte de mi hermana, en un bombardeo aéreo.

María se acercó a él para consolarle.

Oscar se volvió hacia ella y con voz en la que había una ternura infinita, la dijo:

—¡He venido a ti en busca de consuelo!... ¿Quién más podría dármelo?

Y calladamente, silenciosamente, se enlaazaron sus brazos y se besaron sus bocas.

Se olvidaron en aquellos momentos de todos sus dolores, de todas sus angustias. ¿Cómo iban a acudir a sus mentes las angustias y los dolores de los otros?

El viejo no dormía... Los ruidos de afuera atizaban el fuego del insomnio. De pronto creyó oír un rumor, en la planta baja... ¡Sí... su hija hablaba con alguien...! ¡Era una voz de hombre...! ¡El acento era extranjero...!

Haciendo un esfuerzo poderoso, saltó de la cama y tambaleándose, a tropezones, bajó la escalera y llegó a la habitación en que se hallaban los dos amantes...

¡Su hija... y un tudesco abrazados!...

El viejo alzó los brazos en un anatema apocalíptico y gritó:

—¡Qué veo!... ¡María!...

Volviéronse a una los amantes y miraron espartados aquella aparición trágica.

—¡Tu pobre hermano — prosiguió el odio implacable del viejo—, durmiendo el sueño eterno en los campos de Flandes y tú en brazos de uno de sus verdugos!... ¡Maldita... seas... maldita!...

Agitó los brazos en el vacío, intentó dar un paso

hacia delante y vidriándose sus ojos y aflojándose todos los resortes de su cuerpo, cayó pesadamente sobre las losas de piedra...

Acudieron los dos amantes a su lado... Aun vivía...



—¡He venido a ti en busca de consuelo!

Quiso hablar... Agitáronse sus labios como para decir la postrera maldición y tras un estremecimiento de todo su cuerpo, salió de su pecho un ronco quejido y quedó inerte, flojo, frío, yerto...

¡María ya no tenía padre!...

Algunos días más tarde, el sol nacía y se ponía sin que Juan Moreau se despertara. Los vecinos se acercaban a ver si seguía vivo y se llevaban una sorpresa al no encontrarlo. Llegaron a la casa y vieron que el hombre había muerto.

IX

LOS HOMBRES SE HABIAN CANSADO DE MATAR...

Al día siguiente, la tierra de Francia tenía una cruz más sobre su manto... Juan Moreau, otra víctima más del odio, dormía el sueño eterno...

La semana siguiente, en el despacho del notario del pueblo, ante los parientes del difunto, se dió lectura a su testamento...

Sólo contenía una cláusula:

Lego a mi hija María Moreau todas mis propiedades y bienes rústicos y personales que deje al morir...

Quizá el odio, tal vez la avaricia, hicieron proclamar a los parientes en un concierto de maldiciones e injurias...

—¡Si tu padre pudiera enterarse de que su granja ha ido a parar a manos de un alemán, se levantaría de su tumba para maldecirte!...

Se apartaban de su lado con asco... Iban saliendo

uno a uno, después de vomitar toda la bilis que almanenaban sus almas ruines...

Por fin se acabó el cortejo de la ira y pudo la infeliz respirar tranquila... Lentamente, llevando sobre sus débiles hombros la pesadumbre del dolor y del odio, volvió a su casa...

.....

¡Cuando Oscar fué a verla aquella mañana, la encontró triste, llorosa, acongojada...

Sin necesidad de explicaciones, lo comprendió todo y la dijo entristecido:

—Sufres por mí, María... ¡No volveré a verte y así cesará ese horrible tormento!...

—¡Oh, no, Oscar!... ¡Moriría sin ti!... ¡No me dejes, por Dios!... ¿Qué sería de mi pobre vida?...

.....

Se sucedieron meses de interminable espera durante los cuales la afilada guadaña de la Insaciable prosiguió su obra destructora.

Hasta el campo de concentración llegaban los rumores de una paz esperada con verdadera fiebre de locura...

Únicamente alegraba los ocios de los cautivos el optimismo y la franca simpatía de Hans, aun empeñado en lograr una sonrisa ¡tan sólo una! de María la horaña...

Precisamente aquel día había perdido el último instrumento sonoro que guardaba su mochila, y al entregárselo a Flix, le dijo:

—¡Ahora con el acordeón te llevas toda la banda!... ¡Lo dicho: con esa mujer no doy una en el clavo!... ¡Cómo se conoce que no me llamo Oscar!...

En esta plática se hallaban entretenidos los dos amigos inseparables, cuando el alarido estridente de una corneta vino a sacarlos de su charla jocosa.

En la puerta de la caserna había aparecido un oficial, que con voz potente y clara, les anunció, mientras en sus labios retozaba la risa del contento sincero:

—¡Muchachos! ¡Acaba de firmarse el armisticio!... ¡La guerra ha terminado!...

Es imposible describir el júbilo, el alborozo, la alegría desatada y ruidosa que se apoderó de aquellos infelices...

Verdaderos aullidos de fiera puesta de improviso en libertad, saltos, cabriolas, piruetas, cánticos...

En pocos momentos se improvisaron músicas, cortos, comparsas...

Franceses y alemanes se abrazaban frenéticos porque, a pesar de los pesares, todos estaban hartos de guerra, se habían cansado de matar...

Y en uno de aquellos arrebatos endemoniados, llegaron Flix y Hans frente a la granja y fueron tantas las contorsiones, las diabluras del acróbat berlínés, que María que estaba en la puerta, no pudo por menos de plegar sus labios en una sonrisa...

¡También ella estaba contenta, pues aquello suponía su acercamiento definitivo a Oscar!

Al ver la risa de la doncella, Hans lanzó un alari-

do de triunfo y arrojándose gozoso sobre su camarada, exclamó vocinglero:

—¡Lo ves, cabezón? ¡La he hecho reir!... ¡Devuélveme mi banda de música!...

Y armónica, flauta, acordeón... fueron pasando sucesivamente a poder de su legítimo dueño...

En el camino se encontró con Oscar que iba a dar a su amada la buena nueva y acercándose a él, le dijo gozoso:

—¡Ahora ya puedes ir a verla, Oscar!... ¡La niña está contenta!...

Y fué Oscar hasta aquella mujer que era más de media vida para él...

X

¡EL ODIO!... ¡EL VOLCAN QUE DESHARA LA TIERRA!...

Temblando de emoción, llegó Oscar a casa de su amada...

María le esperaba con ansia... La entrevista de los dos amantes en nada se pareció a las anteriores... Hubo en ella alegría, ilusiones, proyectos para lo porvenir...

Oscar la habló de sus planes futuros... El no quería ser un ocioso que se aprovechase de la riqueza de su amada. ¡No! ¡Quería trabajar... añadir al caudal de su mujer su grano de arena...

—Hoy mismo escribiré a la casa de París en que estaba empleado al estallar la contienda y estoy seguro de que volverán a admitirme...

—¿Crees?... — preguntó María, recelosa.

—¿Por qué no? — la dijo.

María pudiera haberle contestado: "porque un fuego de odios, de cuatro años de matanza, no se apaga, ni aun se localiza en veinticuatro horas..."

Y María, velando sus ojos una tristeza de la que ella misma no sabía darse cuenta, murmuró con la cabeza inclinada al suelo:

—¡Yo qué sé!...

—Sí, María — prosiguió Oscar—, me admitirán y seremos felices... Porque yo ganaré mi sustento y seré al lado tuyo un hombre consciente de sus deberes... Pero será mejor que tú y yo trencemos nuestro amor lejos de estas tierras que tienen demasiados recuerdos dolorosos para ti...

Inclinó aun más la cabeza la mártir...

—¡Te amo, María!... ¡Seré tuyo siempre... siempre... y seremos felices... ya lo verás!...

—¡Oscar!...

¡Benditos labios los que reservan su función para besar de amor!...

.....

Como lo dijera, Oscar escribió el mismo día a sus antiguos patronos... y efectivamente... María tenía razón en pensar mal...

Pocos días después, llegaba a ella Oscar cejijunto y pensativo.

—¡No me digas nada, Oscar!... ¡Lo adivino!...
¡Lo que yo pensaba!...

Oscar no contestó... Silenciosamente alargó a su novia un pliego doblado...

María levó con los ojos preñados de lágrimas:

... y sentimos no poder colocarlo a usted en su antiguo empleo. La antipatía entre los trabajadores contra los alemanes es general y es casi imposible que pudiese usted convivir con ellos...

El hecho de que esté usted a punto de contraer matrimonio con una francesa, no mitiga en nada la hostilidad de que antes le hablo...

Con el testimonio de mi consideración y aprecio,

*M. Suberbielle
Gerente.*

María, como una flor tronchada por el huracán de las pasiones, dobló su cabeza sobre el pecho al terminar la lectura...

—¡La guerra no ha terminado todavía!... — murmuró.

Y tenía razón... No había terminado, no, la guerra... A la de las armas, seguía la de la venganza...

Oscar no quiso darse por vencido y después de consolar como mejor pudo el dolor de su amada, la dijo, atrayéndola hacia sí:

—Ya sé que voy a pedirte un imposible... o poco menos... ¿Quieres venir conmigo a Alemania?... Allí en mi tierra, cerca de los míos, seríamos completamente felices... y encontraríamos el calor que aquí se nos niega...

Y ante el movimiento de vacilación de ella, añadió, persuasivo:

—Mi madre te recibiría con los brazos abiertos...

Pero la experiencia empezaba a producir sus frutos en el ánimo de María... y aun agradeciendo la sana intención que animaba los propósitos de Oscar, le contestó, profundamente reflexiva:

—Será mejor que la escribas, Oscar... ¿Crees tú que en Alemania no habrá también hostilidades contra los franceses?

En la vacilación de Oscar, pudo notarse que aquellas palabras proféticas producían mella en su espíritu.

—La escribiré, amor mío — contestó—. Pero de antemano sé lo que me contestarás... ¡Mi madre no es como las demás!... Dirá que vayas... y te querrá, como a lo que serás para ella; como a una hija...

Se separaron... y Oscar escribió a su madre...

Allá entre los alambres erizados de púas se comentaban las noticias de la naciente paz.

Hans leía un periódico y, de pronto, le dijo a su inseparable Flix:

—¿Qué te parece? Aquí dice que Alemania tiene que devolverle a Francia la Alsacia Lorena...

Flix se encogió de hombros y contestó escéptico:

—¡Qué quieras!... ¡Creo que tienen razón!... Ahora voy resultando francés... y me encuentro entre los alemanes por equivocación...

—¡Si no fuera porque comprendo que eres un idiota, te romería la cara!... — exclamó Hans, en el colmo de la indignación...

¡Era inevitable, sería eterno!...

Si los hombres no tuvieran un pretexto para odiarse hasta la consumación de los siglos, lo inventarían... ¡Es igual!...

XI

EL TORRENTE MALDITO... EL DE LAS AGUAS COLOR ESCARLATA...

Una mañana María recibió una visita que encendió en su alma la hoguera bendita de la rebelión...

Cuando estaba esperando con ansia la contestación

de la carta de Oscar a su madre, llegó a la granja el repugnante Pedro Corlet...

Según él venía en son de paz...

Meloso y astuto, la saludó con estas palabras que parecían conciliadoras:

—¿Por qué no hemos de ser amigos, María, ahora que terminó la guerra?... Ya sabes que yo te amo... que te he amado siempre...

María que lo conocía demasiado, la contestó burlona:

—¿Amigos?... ¿Por qué no?... No muy íntima... pero siempre lo fuí tuya...

—No es que no te crea — contestó él presuroso—, pero no es esa amistad la que yo deseo... Ya sabes que desde hace mucho tiempo te quiero... ¿Quieres ser mi esposa?...

—Y yo con la misma franqueza de siempre, te contestó: No. Mi corazón ya no es mío... Lo sabes demasiado, Pedro Corlet...

Brilló un relámpago de odio en los ojos del ruin y dijo:

—¡Ya sé a quién has dado tu corazón!... ¡A un enemigo de la patria!...

—¡Ya no hay enemigos! — contestó con energía la granjera.

—Crees que los vecinos te dejarán estar aquí tranquila con ese alemán aborrecido?...

—De mi casa y de mi corazón, creo que puedo hacer lo que me plazca...

Entonces Pedro Corlet, vomitando todo el veneno

que anidaba su alma de sapo repugnante, la escupió al rostro el salivazo de estas palabras:

—¡Si no le despides, os echaremos a los dos de la aldea!...

Y salió de la casa, dando un violento portazo y arrojando injurias soeces por su bocaza de reptil...

.....

Las prédicas de odio del vengativo Corlet inflamaron la mente de los sencillos campesinos.

A partir de aquel día, la pobre María no podía salir de casa sin que sus convecinos la injuriásen soezmente y su paso por las calles era un verdadero camino del calvario.

Y como Oscar por sus deberes de prisionero no podía acompañarla cuando quería, la infeliz no se atrevía a cruzar las calles de la aldea...

Los domingos, cuando acudía a cumplir sus deberes de cristiana, a la salida de la iglesia la esperaban sus vecinas para insultarla.

¡Pero aun llegó a más!... Fueron a insultarla en su propia casa.

Y llegó un día en que las cosas llegaron a su colmo...

La audacia de aquellas gentes y sobre todo de Pedro Corlet, no se contentó con acecharla... La imponían condiciones...

Hacía días que mensajes indirectos llegaban hasta ella.

Querían que rompiese con Oscar... Que aceptase el yugo que deseaba imponerla Corlet y que se casase con él...

—¡Mejor hombre como ese no lo encontrarás!... — le decían las brujas.



...su paso por las calles era un verdadero camino del calvario...

—Ciento que está inútil para combatir y por eso no tomó parte activa en la guerra, pero mejor patriota que él no lo encontrarás...

—¡No, no! — rugió un día la infeliz, harta de importunismos.

Y añadió:

—¡Además yo a quien quiero es a Oscar, y nada ni nadie cambiará el ritmo de los latidos de mi corazón!...

Y echando con cajas destempladas a las ociosas y *caritativas* comadres, cerró la puerta de su casa y se dejó caer sollozante sobre aquel banco, que de hablar contaría tantos recuerdos felices... y dolorosos...

Unos minutos después, los precisos para que las ociosas vecinas dieran cuenta a Corlet del resultado de sus gestiones, apareció éste ante ella, ceñudo y descompuesto, y su arenga empezó en la siguiente forma:

—¡Yo me han dicho esas que te niegas a oír mis consejos y a satisfacer mis legítimos deseos!...

—¡Pues si te lo han dicho *esas*, huelgan explicaciones entre los dos!... Conque...

—¡Conque... me echas!... ¡Está bien!... Pero un consejo leal... ¡Mira lo que haces!... Tengo mis medidas tomadas y...

—¡Toma todas las que quieras! — contestó airada, María, que ya había llegado al límite de su paciencia... — ¡Pero vete!... ¡Vete, si no quieres que te eche!...

—¡Está bien!... ¡Me echas... y me voy... pero antes oye dos palabras!... De acuerdo con los vecinos te concedo diez minutos de tiempo para que decidas entre marcharte o despedir a tu amante...

—¿También eso?... — gimió la infeliz. — ¿Qué de-

recho tenéis vosotros para mezclaros en mi vida privada y querer ordenar su libre curso?...

Salió el verdugo y una vez en la calle, en la que se arremolinaba la gente, trasmitió a aquellos malvados por inconsciencia el resultado de sus gestiones.

—¿A qué esperar?... — gruñeron unos.

—¡Vamos a echarla ahora!...

En aquel momento, y cuando aquellas furias iban a poner en práctica sus amenazas, llegaba a la granja Oscar...

Al verle, apartáronse los protestantes, pero aunque en sus ojos cobardes brilló el odio, ni uno sólo se atrevió a plantarle cara...

Apartáronse rezongando de su lado y le abrieron calle sin pronunciar una sílaba más alta que otra...

Oscar sin detenerse, sin mirarlos siquiera, cruzó por entre los grupos y penetró en la casa, cuya puerta cerró tras sí.

—¿Qué pasa?... — preguntó Oscar a María, viéndola llorar.

—Me han dado un ultimátum... — contestó dolorida. — ¡O te vas tú o nos iremos los dos!... ¡Me amenazan con matarnos!... ¡Ya ves, Oscar mío!... ¡Me echan de mi propia casa!...

—¿Echarte?...

—¡Sí!... ¡Son capaces de hacerlo!... ¡Llévame de aquí, Oscar!... ¡Me dan miedo estas gentes!... ¡Son capaces de todo! ¡Vamos a tu tierra!...

Bajó él tristemente la cabeza... También venía a darle cuenta de un hecho de crueldad...

Sacó de su bolsillo un papel arrugado y se lo tendió a la desgraciada granjera...

Era una carta, de su madre... Decía *la de allá*:

Dile que si viene a Alemania, la gente la tratará lo mismo que si fuese una mala mujer...



—¡Llévame de aquí, Oscar! ¡Me dan miedo esas gentes!

Y decía más... Añadía' rebosando odio, como los de aquí... igual que los de aquí...:

—¡Si te casas con ella, me moriré de vergüenza!...

—¡Mi madre... mi propia madre ha escrito esto, María!... — sollozó Oscar—. ¡Qué cruel es el odio

que la guerra engendra!... ¡Nunca... nunca hubiese creído eso de ella!...

María se sintió vencida, pero era tanto el amor que por aquel hombre sentía, que aun desgarrando sus carnes llagadas, murmuró en un quejido de todo su ser :

—¡Vuelve con tu madre, Oscar!... ¡Ya qué nuestro amor mató a mi padre, no permitamos que ese mismo amor acabe con tu pobre madre!... ¡Decididamente estamos malditos!...

—¡No, mi vida, no!... ¡No puede ser eso!... ¡Crees que sería capaz de dejarte aquí con ellos?...

—¡Oh, sí, Oscar; sí, vete!

—¡No quiero dejarte, María!... ¡No quiero que te arranquen de mi lado!...

—¡Ay, Oscar!... ¡Qué vamos a hacer?... Aborrecida yo en el país que me vió nacer... escarnecido tú en el tuyo y por tu misma madre... ¿qué va a ser de nosotros?...

En aquel momento, apareció en la puerta, la silueta retorcida de Pedro Corlet...

—¡Ya han pasado los diez minutos que te dimos de tiempo!... ¡Os iréis los dos o se irá tu amante?...

Oscar pareció decidirse en un momento de lucha suprema y acercándose a su amada, le dijo, suplicante y lloroso:

—¡Me iré yo, María!... ¡No quiero que lo sacrificues todo por mí!... ¡Al irte tú abandonas tu casa,

los tuyos, tus bienes!... ¡Deja que me vaya, será mejor!...

Y avanzó, decidido, hacia la puerta.

En los ojos siniestros de Pedro Corlet, brilló un relámpago maligno... ¡Por fin se salía con la suya!...

Pero su gozo se heló de pronto en su pecho y se hizo escarcha la sonrisa en sus labios...

María corrió en aquel momento hacia Oscar y estrechándolo en sus brazos, le dijo:

—¡Nos iremos los dos, Oscar mío!...

—¡María!...

—¡Calla!... ¡Llévame!...

Y colgándose de su brazo, emprendieron los dos lentamente el éxodo hacia la llanura sin fin...

Ya fuera de la casa, había tal majestad en sus miradas, que aquella manada de lobos se apartó respetuosamente a su paso...

Y así, el uno en brazos del otro, erguidas las frentes, cruzaron el patio y fueron a salir a la carretera parda y polvorienta...

XIII

BIENAVENTURADOS LOS MANSOS DE
CORAZON PORQUE ELLOS VERAN
A DIOS!...

Pero apenas habían desaparecido los dos amantes en un recodo del camino, cuando por el sendero opuesto, apareció un nuevo personaje...

Hacia la granja avanzaba por aquella misma carretera, un pobre soldado ciego.

Era Andrés Moreau, el hermano de María, a quien dieran por muerto y a quien como sabemos salvara un alemán en el momento crítico...

Andrés no estaba herido de muerte... La ceguera producida por el fogonazo violento de un obús, fué la que le hizo caer de brúces contra la alambrada...

Prisionero de guerra, en los campos de concentración alemanes, y libertado después de la firma de la paz, volvía a los suyos tras ausencia tan prolongada.

—¡Tú... tú!... — gritaron al verle todos los de la aldea.

—¡Andrés Moreau! — aulló, refocilándose de antemano Pedro Corlet, pues la llegada providencial del hermano le hacía pensar que todo iba a cambiar a su favor en un instante...

—¡Llamad a María! — gritó a los más cercanos...

Y volviéndose a Andrés, al que entre todos estrejaban cariñosamente, le dijo recalcando las palabras:

—¡Esta es tu casa, Andrés Moreau... pero la llorarás muy cambiada!... ¡Tu padre murió de pena y tu hermana te ha deshonrado!...

Brilló una lágrima en los párpados del inválido...

—¡Pobre padre mío!... ¡Pero mi hermana!...
¿Dónde está mi hermana?...

—Acaba de marcharse con un alemán... ¡Quiere casarse con un enemigo!... Ha preferido al amor de

uno de los nuestros, el de uno de esos malvados que han teñido de sangre el suelo de su Patria!...

En aquel momento llegaba María y tras ella Oscar... Ambos se detuvieron a pocos pasos del grupo...

Una vieja repugnante se acercó a María y la increpó, colérica:

—¿Te atreverás a mirar a tu hermano cara a cara?...

La voz de Andrés fué el sedante a aquella injuria:

—¡Por favor os pido que me llevéis con mi hermana!...

—Mira lo que aquellos que son como tu amante le hicieron a tu pobre y desgraciado hermano!... — siguió la arpía.

Entretanto, los curiosos se habían acercado al ciego y le acosaban a preguntas:

—¡Nosotros creíamos que estabas muerto!...

—¡No lo quiso Dios!... ¡Ya os explicaré!... Pero, ¿dónde está mi hermana?...

A ésta entretanto la guibia más el amor que las incitaciones de los bárbaros y acercándose a su hermano se echó sollozante de dolor y de alegría a la vez:

—¡Andrés!... ¡Andrés!...

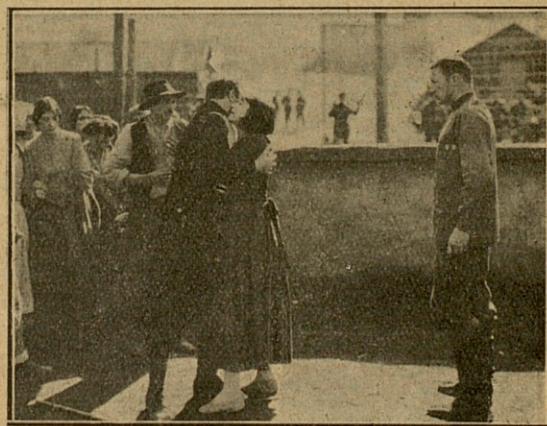
La infeliz no pudo decir más...

Palpaba el ciego aquella carne querida y pasaba sus manos temblorosas por sus cabellos, por la seda suave de sus mejillas.

De pronto alzó la cabeza y preguntó:

—¿Dónde está ese alemán a quien tanto parece que odís todos aquí?...

Oscar se había quedado apartado del grupo, temeroso de que aquel hermano, llegado de un modo tan providencial, fuese un enemigo más de su amor...



—¡Andrés! ¡Andrés!

Ante la insistencia del ciego se acercó a él, hasta que Andrés le palpó con sus manosvidentes y las pasó por su cabeza, por su cara, por su cuerpo...

—¡Ahora veremos qué le dirá! — se decían, sonriendo con malicia, los verdugos de María...

Pero con gran sorpresa de todos, Andrés empezó a deletrear pausadamente estas palabras:

—Para vosotros, este hombre es un ser aborrecible...

—¡Sí, es alemán!... — aulló la turba.



—¿Dónde está ese alemán?

—... Para mí es un hermano... — prosiguió dulcissimamente el ciego —, un hombre bueno y cariñoso...

Esto colmó el cántaro de la ira:

—¡Está loco! ¡La guerra le trastornó la cabeza!

Pero Andrés había oído el siniestro aullido de la fiera y contestó siempre reposado y tranquilo:

—¡No, no estoy loco!... ¡Nunca estuve tan cuerdo!... He venido aquí, entre los míos, creyendo hallar la paz... y me encuentro vuestros corazones henchidos, rebosantes de odio... un odio capaz de encender otra vez la hoguera devoradora de la guerra...

La voz de aquel hombre tenía inflexiones magnéticas y a su influjo, todos, hasta el perverso Pedro Corlet, bajaron la cabeza avergonzados...

—¿Acaso no os ha enseñado nada la guerra?... ¿Olvidásteis ya los muertos, los millones de muertos que ocasionó?...

Y extendiendo el brazo hacia el horizonte lejano, añadió, como un vidente iluminado:

—¿No los veis? ¿No los oís?... ¡Son los muertos de todas las naciones... porque la que goza en matar no distingue de patrias ni hogares!... ¡Millones y millones de seres inmolados al monstruo de la guerra, claman desde las llanuras sin fin de la eternidad: PAZ EN LA TIERRA!...

Los sombreros se habían apartado de las cabezas... Aquellas mismas mujerucas en cuyos labios el odio puso injurias y maldiciones, enjugaban ahora las lágrimas que brotaban de sus ojos...

—¿Permitiremos que esos héroes anónimos, que generosamente dieron su vida por nosotros, lleven a cabo su sacrificio en vano?...

Oscar y María se habían ido acercando poco a poco...

Andrés continuó:

—¡Apagüemos en nuestros corazones los resoldos

del odio que engendró la guerra y encendamos en ellos hasta abrasarnos el fuego del amor a la humanidad!...

Y en medio del silencio que siguió a estas palabras, buscó a tientas la mano de María y la puso en las de Oscar y ya teniéndolos así unidos, besó sus frentes y exclamó con fervor superhumano:

—¡ Hermana!... ¡ Hermano!...

*
**

Aquel hombre había sufrido las torturas de aquella guerra sin nombre y ahora que ya no veía las miserias de la vida, hablaba directamente con Dios...

FIN

ESTA SEMANA

Grandioso acontecimiento en las selectas
Ediciones Especiales de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

El Rey de Reyes

Haga sus encargos desde ahora mismo a
su librero.

